

deslizándose sin apoyarse en él. En su sátira no hay odio ni amargura. Insisto en la ausencia de amargura que constituye la originalidad de Le Sage y su distinción como satírico, lo que hace que aún burlándose consuele. En esto principalmente se distingue de Voltaire que muere y ríe de una manera amarga. Testigo *Cándido*: Pangloss puede ser un primo pero no es hermano de Gil Blas.

Quisiera citar un ejemplo que tradujera todo mi pensamiento con más claridad. Gil Blas, después de mil aventuras, había entrado al servicio de un viejo verde con presunciones de galantería, Don Gonzalo Pacheco. Este anciano decrepito que se compone y se pinta todas las mañanas, tiene por amigo á otro viejo, que es al contrario, que se alaba de ser viejo, que pone tanta vanidad en parecerlo como don Gonzalo Pacheco en parecer joven. Son dos formas distintas del amor propio inherente á todos los hombres. Después de algunas escenas humorísticas entre el viejo verde y su querida que lo engaña, Gil Blas convencido de la infidelidad de la querida se impone el deber de prevenir á su amo. El viejo, agradeciendo el aviso, va á casa de la querida para romper con ella. El desenlace no puede ser más natural y cómico, pues el viejo enamorado, en lugar de romper con su querida, sale de su casa más enamorado que nunca. Avergonzado de su debilidad significa á Gil Blas que le despide, aunque dándole todavía las gracias. Este es un ejemplo de la sátira alegre y verdadera de Le Sage. El amo que despide á Gil Blas, no le aborrece; le procura una nueva colocación para compensarle el perjuicio que le ha hecho. Gil Blas por su parte al verse despedido no habla mal del viejo; nos le muestra tal como es, con su pasión amorosa ridícula y senil, pero bueno y generoso, tratando de conciliar un resto de justicia con su debilidad. Se recuerda á Terencio en esta sátira.

Las escenas de comedia no tienen número en Gil Blas ni dejan tiempo, al sucederse sin interrupción, para distinguir lo intempestivo de ciertos episodios que el autor intercala para aumentar sus volúmenes, imitándolos de no se sabe dónde. Los dos primeros volúmenes, después de hacer pasar ante los ojos toda suerte de clases y condiciones, ladrones, canónigos, médicos, autores, comediantes, dejan á Gil Blas de intendente de Don Alfonso y encargado de hacer en su nombre una restitución. « Esto era empezar el oficio de intendente por donde debía acabar. »

El tercer volumen publicado en 1724, que es el más distinguido de todos, nos muestra á Gil Blas elevándose por grados, y á medida que asciende sus lecciones pueden parecer más vivas y más atrevidas. Pero aun en su atrevimiento conservan una especie de inocencia. Le Sage no tiene en el fondo nada de agresivo ni aún cuando se burla; no quiere hacer triunfar nada. Ríe por reír, por mostrar la naturaleza desnuda; no se burla nunca del presente en provecho de una idea ni de un sistema futuro. Sabe que la humanidad al cambiar de estado no hace más que cambiar la forma de su necedad. En esto es en lo que más se distingue del siglo XVIII y en lo que más se parece á los buenos cultivadores del género festivo de otros tiempos. Este tercer volumen abunda en excelentes relatos. Gil Blas, siendo secretario y favorito del arzobispo de Granada, se pierde diciendo la verdad como le había sucedido con el viejo verde. Todas las escenas con el arzobispo son admirables de naturalidad y respiran la dulce farsa mezclada insensiblemente á todas las acciones de la vida. El amor propio de autor está pintado en el buen viejo con todo su relieve y con toda su candidez beata. Las escenas en que figura la comediante Laura, que siguen inmediatamente, son incomparables de verdad. Le Sage conocía á fondo á la gente de teatro. Cuando Laura hace pasar á Gil Blas por hermano suyo y como tal le presenta á toda la compañía, el respeto con que le reciben todos, desde las primeras figuras hasta el apuntador, la curiosidad y la cortesía con que le consideran y le tratan, hace pensar en una de las pretensiones más sensibles de los cómicos de aquella época: « Parecía, dice, que todas aquellas gentes eran de la Inclusa y que nunca habían visto á un hermano. » Y es que, en efecto, los cómicos (me refiero siempre á los de antaño), precisamente porque no solían estar muy favorecidos en lo que á familia se refiere, se mostraban orgullosos y atentos cuando podían presentar como muestra algún miembro de las suyas.

Cuando Gil Blas llega á ser en la corte secretario y favorito del duque de Lerma, se cree por un momento que se va á convertir en hombre honrado bajo ciertos conceptos; pero no, tiene que habérselas con otras tentaciones y sucumbe. No hemos hecho sino cambiar de escala, pero los móviles, las pasiones y los intereses, son los mismos en todas las esferas, siempre los mismos. Léjos de mejorarse, llega en su embriaguez á la mayor falta en que pudiera incurrir, á la insensibi-

bilidad del corazón, á desconocer á su familia y á sus primeros amigos. En la hora de su prosperidad es justamente donde va á empezar, si se descuida, su depravacion. Necesita caer en la desgracia para reconocerse y entrar de nuevo en su naturaleza y en sus hábitos.

El cuarto volumen de *Gil Blas* no se publicó hasta 1735, es decir, veinte años despues de los dos primeros y once despues del tercero. Á este propósito citaremos una nota de su tiempo que da el tono de sus contemporáneos sobre Le Sage.

« Le Sage, autor de *Gil Blas*, acaba de publicar (Enero de 1733) la *Vida de M. de Beauchêne*, capitán de filibusteros. Este libro, como de Le Sage, no puede estar mal escrito; pero es fácil comprender por las materias que el autor trata desde hace algun tiempo, que no trabaja sino para vivir y que por consiguiente no es dueño de dar á sus obras el tiempo y la atención necesarios. Hace seis ó siete años que la Ribou (la viuda del librero) le adelantó cien pistolas sobre el cuarto volumen de *Gil Blas* y no está concluido ni lo estará tan pronto (1). »

Este cuarto volumen no ofrece ya las mismas vicisitudes ni la misma rapidez de aventuras que en los precedentes hemos señalado. Pero contiene algo que ilustra acerca de los gustos literarios del autor, cuando nos muestra á su personaje en la biblioteca de su castillo complaciéndose en la lectura de libros de moral ligera y escogiendo por autores favoritos á Horacio y Erasmo.

La teoría literaria de Le Sage se deduce muy bien de más de un pasaje de *Gil Blas*, y particularmente de las conversaciones del protagonista con su amigo el poeta Fabricio Núñez. Fabricio había consultado el gusto de su tiempo, dando en el género de Góngora, en los conceptos, imágenes y expresiones laberínticos y rebuscados que era el romanticismo de entónces. Gil Blas le reprende pidiéndole ante todo claridad; quiere que hasta un soneto sea perfectamente inteligible. Su amigo se burla de su sencillez y le expone la teoría moderna: « Si el soneto no es inteligible, tanto mejor, amigo mio. Los sonetos, las odas y todas las composiciones que exigen sublimidad, no se acomodan á la naturalidad de lo sencillo; la oscuridad constituye su mérito, basta que el poeta crea entenderlo... Somos cinco ó seis innovadores atre-

(1) *Revista retrospectiva* (1836) segunda serie, tomo V, página 165.

vidos los que nos hemos propuesto cambiar la lengua haciendo lo blanco negro y hemos de lograrlo, si Dios quiere, á despecho de Lope de Vega, de Cervántes... »

Boileau, ya lo hemos dicho, no había visto con buenos ojos las primeras obras de Le Sage. Á su vez Le Sage era poco favorable á lo que se llamaba alta literatura de su tiempo, que él creía afectada. Esta especie de disidencia llevada hasta la aversion se observa en todos los actos de su vida literaria. Rompe desde muy temprano con la Comedia Francesa y declara la guerra á los cómicos del rey que representan el gran género, la declamación trágica. Se dedica á los pequeños teatros, á los de último orden, y hace ejecutar una porción de obras que representan en gérmen lo que son hoy los óperas cómicas y los *vaudevilles*. Había un Désaugiers en Le Sage.

No quiere ser de la Academia francesa; resiste á Danchet su amigo que quiere atraerle á la Academia; se niega obstinadamente á las gestiones y solicitudes que eran de rigor para obtener los sufragios.

Sentía marcada aversion á los salones literarios como el de la marquesa de Lambert y tenía sus razones para ello: « Mirase allí la mejor comedia, la novela más ingeniosa y más jovial (piensa en sí mismo), como flaca producción que no merece alabanza; en cambio la más fútil obra *séria*, una oda, una égloga, un soneto, pasa por un grande esfuerzo del espíritu humano. » Es adversario decidido de los hilvanadores de odas y tragedias, de todos los géneros oficiales, de toda la literatura solemne, géneros *titulados* que el público respeta y honra por la marca, sin ver que á menudo hay mucho más ingenio y más talento en otras obras ménos consideradas. Los autores de tragedias y de odas le pagaban en igual moneda; Juan Bautista Rousseau traspasa todos los límites cuando escribe á Brossette: « El autor del *Diablo cojuelo* no podía hacer nada mejor que asociarse á los que danzan en la cuerda floja; su genio se encontraría en su legítima esfera... » Voltaire poseía demasiado talento para no tributar elogios al autor de *Gil Blas*; pero le elogia todo lo ménos posible y mezcla á sus alabanzas la acusación de plagiarío, acusación inexacta y sobre todo malévolá. Según las palabras que deja escapar con pena sobre *Gil Blas*, se ve que Voltaire sospechaba que muy pronto sería infinitamente más glorioso haber escrito tal novela que el poema de la *Henriada*.

Le Sage era un filósofo práctico; desde muy temprano prefirió seguir su inclinación y obedecer á sus gustos que contrariarlos. Hombre de genio, pero independiente por carácter, supo para ser más libre renunciar á una parte de aquella *consideración* que le hubiera sido tan fácil obtener. « Se vale en este mundo lo que se quiere valer, » ha dicho La Bruyère. Le Sage lo sabía; pero no consintió nunca en exhibirse él mismo á los demás á fin de parecer lo que era. Más le gustaba frecuentar los cafés que los salones. En su odio á lo solemne y lo falso, prefería lanzarse del lado de lo vulgar y comun. *Plebeius moriar senex!* — Perdía con placer en la multitud, encontrando siempre en ella nueva materia para su observación. Sembró sal á manos llenas en los últimos teatros y tuvo cien éxitos que se reputaban poco honrosos. Acabo de leer su *Feria de las habas* y su *Mundo al revés* que son de veras muy bonitas farsas. Le Sage en este género merece un estudio aparte, pues no lo cultivaba solamente por necesidades de la vida sino atraído por la vocación.

Si esto es filosofía práctica, no se puede desconocer tampoco que el talento pierde siempre cuando no persigue un ideal elevado. Le Sage se resentía de este inconveniente. Después de haber llegado al más alto grado de fina y exquisita observación en *El Diablo cojuelo* y en *Gil Blas* y al más perfecto cómico en *Crispín* y *Turcaret*, decayó, se repitió, llegó á permitirse publicaciones como la *Miscelánea divertida* y la *Maleta encontrada* que son, en efecto, el fondo de la maleta y los residuos del saco.

Imagínese á Molière no teniendo al lado suyo á Boileau para excitarle, reprenderle, aconsejarle; á Molière haciendo una infinidad de caprichos y juguetes en diminutivo. Tal fué la situación de Le Sage, que era un especie de Molière dulcificado. No tuvo cerca de sí al Aristarco, y se abandonó sin reserva á las inclinaciones de su naturaleza y á las necesidades que se le imponían.

Un ingenio que es lo ménos posible de la familia de Le Sage y que se decía más platónico que Platon mismo, M. Joubert, pensaba en esta carencia de ideal de nuestro autor cuando expuso este severo juicio: « Las novelas de Le Sage parecen escritas en un café, por un jugador de dominó, al salir de la comedia. » Aquí se marcan las antipatías que separan claramente á dos razas de espíritus: los que prefieren lo na-

tural á todo, áun á lo distinguido, y los que prefieren lo delicado á todo, áun á lo natural.

Le Sage tenía sesenta y siete años cuando publicó el último volumen de *Gil Blas*. Tres años después, en 1738, dió á luz *El Bachiller de Salamanca*, libro que estimaba en mucho, según dicen, como hijo de su vejez. Siguió en la composición del *Bachiller* su procedimiento acostumbrado. Dándolo como sacado de un manuscrito español, introdujo varias costumbres francesas, como las de nuestros abates, clase desconocida en España. En cuanto á la descripción de las costumbres de Méjico que se encuentra en la segunda parte del *Bachiller*, la tomó, aunque no lo dice, de la relación de un Irlandés (Thomas Gage), que había sido traducida muchos años antes al francés. Pero todo lo que tomaba y lo que era invención suya se fundía como siempre en el curso de un fácil y entretenido relato.

Una de las mejores obras de Le Sage fué el comediante Montménil, hijo de aquel, excelente actor que sus contemporáneos tenían por inimitable. Montménil, que había sido primero abate pero que no pudo resistir á su vocación, representaba admirablemente los más cómicos papeles del repertorio de su padre. Se puede decir que representaba como su padre escribía. No hacía más que traducir en forma diferente el fondo cómico, el talento de familia. Le Sage no quiso perdonarle en mucho tiempo que se hubiera hecho comediante, y sobre todo, comediante de la Comedia Francesa, con la que estaba en guerra perpétua su teatro de la Feria. Pero un día le llevaron sus amigos á una representación de *Turcaret*, vió á su hijo, reconoció su obra, lloró de alegría y volvió á ser padre. Lo fué tanto, que la prematura muerte de Montménil ocurrida en 1743, fué la aflicción más tremenda de su ancianidad.

« Muerto Montménil, y siendo Le Sage demasiado viejo para trabajar, demasiado altivo para pedir, demasiado digno para tomar presado, se retiró á Boulogne-sur-Mer, á casa de su hijo el canónigo, llevando consigo su hija y su mujer. Casi todos los días comía conmigo y me divertía en extremo. » Esto lo dice el abate Voisenon que era entonces vicario del obispo de Boulogne.

El canónigo hijo de Le Sage á cuya casa se retiró el anciano con toda la familia, era también un hombre divertido. « Sabía todo el

teatro de la Feria y lo cantaba mejor que el *Prefacio*. » Eclesiástico de la misma fuerza del abate Voisenon, hubiera sido un comediante excelente.

Un tercer hijo de Le Sage se hizo comediante como Montménil y recorrió la Alemania con un nombre supuesto (Pittene); pero este se parecía á las medianas obras de su padre.

Le Sage era sordo desde que tenía cuarenta años. Esta sordera, que aumentaba con la edad, contribuyó á alejarle de los círculos y salones de buena sociedad, pero no alteró nunca su natural alegría. Para conversar se servía de una trompa que llamaba su *bienhechora*, pues se valía de ella para hablar con las gentes de *esprit* y no tenía más que dejarla para no oír las majaderías de los necios (1).

Le Sage murió en Boulogne el 17 de Noviembre de 1747 á la edad de ochenta años. El conde de Tressan comandante de la provincia asistió á sus exequias con su estado mayor. La muerte colocó desde luego á nuestro autor en su verdadero rango. El que en vida no fué nada, aquel de quien no se hablaba sin intercalar en los elogios un *pero*, figura en la memoria de los hombres á la altura de los Luciano y los Terencio, al lado de los Fielding y de los Goldmith, debajo de los Cervantes y de los Molière.

(1) Su sordera casi completa no le habia impedido durante años enteros seguir las representaciones de sus obras. No perdía casi nada, y decía que jamás habia juzgado mejor de los efectos que desde que no oía á los actores. (*Diderot, Carta sobre los Sordos y los Mudos.*)  
N. del A.